

PEQUEÑAS NOTAS SOBRE AZORÍN

MIGUEL ORTUÑO PALAO

En anteriores trabajos di a conocer la realidad de muchos de los personajes que aparecen en la obra de Azorín: el hidalgo Menchirón (1809-1887), el obispo Antonio Ibáñez Galiano (1829-1890), el caballero Mergelina (1791-1861), el inventor Daza (1853-1915) o los escolapios de su Colegio yeclano. De modo especial, biografié a su bisabuelo José Soriano García (1775-1857), que tanto le influyó a través de su obra "El Contestador" (1838), en los conceptos de tiempo y eternidad (fue, por cierto, lo último que le leyeron al gran escritor del 98). Divulgué también su primer artículo impreso, que lleva el seudónimo de Juan de Lis, titulado "Crónica política" y publicado el 20 de marzo de 1892 en "El Defensor de Yecla". E intenté descubrir lo que de apoyatura real había en determinados personajes de ficción, como Justina o el propio Antonio Azorín, o sobre el manuscrito que le dio pie para redactar el prólogo de "La Voluntad" sobre la terminación de la Iglesia Nueva, o la última visita que hizo a Yecla en 1927.

Hoy sólo quiero ofrecer al lector unos leves aspectos acerca de José Martínez Ruiz. Son nimios detalles de la vida de un escritor magistral, detalles aparentemente insignificantes, pero que, en su conjunto, adquieren un valor verdaderamente significativo. Sirven para perfilar más la figura, el pensamiento y el sentimiento de tan ilustre Hijo Adoptivo de Yecla. Me limitaré a exponerlos sin el menor comentario, que dejo al buen entender del lector. Algunos de ellos ya los publiqué en la revista "Idealidad" en 1967 y son difíciles de encontrar; otros son autógrafos inéditos y no falta alguna que otra anécdota jamás contada.

* * *

En el capítulo XXI de "Las confesiones de un pequeño filósofo" habla sobre un compañero suyo de Bachillerato a quien le da el nombre ficticio de Cánovas; era éste un muchacho mayor, "*héroe querido y respetado*", que se dejó su chaleco en el burdel que había enfrente del Colegio. ¿Quién sería éste? No teníamos datos para



descifrar su verdadera personalidad, hasta que un gran amigo de Azorín, el abogado Francisco Martínez Maestre (1879-1950), me despejó la incógnita. Un buen día, hace ya medio siglo, me enseñó un ejemplar de “Las confesiones de un pequeño filósofo” y al margen del título del mencionado capítulo, con la inconfundible letra azoriniana, estaba esta frase: “*Éste es Cabanellas*”. Es decir, Miguel Cabanellas Ferrer (1872-1938), el que llegaría a ser director general de la Guardia Civil, capitán general de Zaragoza y presidente de la Junta de Defensa Nacional en Burgos, al comienzo de la guerra civil. (Hoy, en cualquier edición de esta obra se da por segura esta atribución; así, por ejemplo, en José María Martínez Cachero, Austral, 9ª ed. 1997).

* * *

En la Biblioteca Municipal de Yecla, en un ejemplar de la primera edición de “Superrealismo” (1929), sin fecha ni dedicatoria, hay un texto manuscrito en el que Azorín expresa su afecto a la provincia nativa y su hondo patriotismo. Dice así: “*Amor a España; amor a la tierra alicantina. Y fe en una Patria grande y esplendorosa. Azorín*”.

* * *

Creo que fue en 1962. Un alumno monovero me indicó que deseaba escribir a Azorín para comunicarle que era nieto de un gran amigo suyo y que iba a cumplir los doce años de edad. Con mucho gusto, le orienté en la redacción de la carta y a los pocos días recibió una tarjeta, con este párrafo en que se manifiesta una profunda raigambre cristiana: “*A Rubén Román, en sus doce años. Brújula para toda la vida: fe, esperanza y caridad. Azorín*”.

* * *

Mi gran amigo el crítico literario Pablo Corbalán (1920-1997), en carta del 26 de septiembre de 1994, me mandó fotocopia de dos cartas de Azorín dirigidas a su padre, el poeta Francisco Martínez-Corbalán (1889-1933). La primera de ellas responde al envío que le hizo de “Las violetas del huerto” (1922), obra estudiada, con gran sensibilidad y penetración, por Juan Barceló, Javier Díez de Revenga y Ramón Jiménez Madrid. La carta lleva un extenso membrete que dice así: “P.E.N. (Poetas, Ensayistas, Novelistas).- Club Internacional de Escritores.- Presidente: Azorín (Los Madrazos, 8).- Comité: Ramiro de Maeztu, Ramón Pérez de Ayala, José María Salaverría, Enrique de Mesa, Enrique Díez Canedo.- Contestaciones al Suntiller, Ramón Gómez de la Serna (Velázquez, 4), al Secretario, Melchor Almagro San Martín (Jorge Juan, 5), al Tesorero, Melchor Fernández Almagro (Alcalá, 166)”.

Esta es la epístola manuscrita: “*Querido amigo Martínez Corbalán: gracias por su libro. Me ha traído ese volumen –a través de toda España– sensaciones pretéritas. El pasado ha surgido ante mí. Y es un arte de poeta y de costumbrista quien lo ha hecho surgir.- Cordialmente suyo, Azorín.- San Sebastián, 30 julio 1922*”.

La otra carta, escrita a máquina, se refiere a una gestión en favor de un problema de la ciudad de Yecla, que Martínez Ruiz no se atrevió a gestionar, quizá por ser durante la dictadura de Primo de Rivera. Tiene una postdata referente a un artículo de protesta que el citado Martínez Maestre había enviado al diario “ABC” para su



publicación, sin conseguirlo. Pero veamos la carta: *“Querido Martínez-Corbalán: hablaré a alguien que tenga relaciones con los elementos oficiales, yo no las tengo ni de cerca ni de lejos. El asunto es de justicia y no creo que haya dificultad en la concesión. Cuando estuve en Yecla no había yo escrito un juicio imparcial, creo que imparcial, sobre los asuntos políticos de actualidad. Y esto es todo, querido Martínez-Corbalán. Estoy fuera de la política y he de informar con desapasionamiento a los lectores del periódico americano en que escribo.- Con un cordial abrazo, Azorín.- Madrid, 7, diciembre, 1927.- Tenga la bondad de decirle a Paco Martínez que he recomendado a ABC el artículo que me envió. Pero no sé si lo publicarán; en el periódico, con buen acuerdo, se huye de publicar trabajos de esta índole que se refieren a los redactores”*.

Y ya que mencionamos a Martínez-Corbalán, habría que decir que su entierro estuvo presidido por su hijo Pablo de trece años de edad, quien llevaba a su derecha a Azorín y a su izquierda a Valle-Inclán; la asistencia de literatos y periodistas fue muy numerosa.

* * *

Veamos ahora otras cartas que no deben caer en el olvido. Con motivo del homenaje que le rindió Yecla en 1953, el escritor recibió la visita del alcalde de la ciudad, Ricardo Tomás, acompañado del periodista yeclano Julio Fuertes Pérez, redactor-jefe del diario “Arriba”. A la primera autoridad yeclana le dedicó, sobre una de sus fotografías, estas palabras: *“A Ricardo Tomás Soriano, cordialmente, Azorín.- 13 junio 53”*. Y días antes, sabedor de los actos que en su honor se preparaban, en una fotografía de una vista aérea de la población murciana, escribió: *“A Yecla, con vivo afecto. Azorín.- Madrid 14 mayo 1953”*.

Para sumarse a esta serie de actividades culturales que culminaron el 7 de octubre de dicho año, la Diputación Provincial de Murcia, presidida por Agustín Virgili, convocó un concurso sobre un ensayo acerca de Yecla y Azorín, “el canciller de las pequeñas cosas”, como en tal ocasión le llamó Francisco Javier Martín Abril, ganador de la flor natural. Actuó de mantenedor el académico, Eugenio Montes, y desarrollaron conferencias previas Manuel Muñoz Cortés y Ángel Cruz Rueda.

El premio de este certamen literario lo consiguió, por unanimidad, nuestro siempre recordado Antonio de Hoyos, con su obra “Yecla de Azorín”. El alcalde envió este libro a Martínez Ruiz, quien contestó con la siguiente carta: *“Madrid 14 de agosto de 1954.- Sr. D. Ricardo Tomás y Soriano.- Alcalde-Presidente. Yecla.- Mi querido amigo: mi profunda gratitud a la Diputación Provincial de Murcia y a usted. El libro de D. Antonio de Hoyos es primoroso. Se recogen en sus páginas –por modo delicado– el espíritu de la histórica ciudad y el aliento del escritor. Yecla tiene su perfil definido, milenario; da en la totalidad de España su nota inconfundible. El arte debe captar esa sensación peregrina, profunda.- Cordialísimos saludos a todos.- Azorín”*.

* * *

En ese mismo año de 1953, la Sociedad Recreativa de Cazadores inauguró nuevos locales el 26 de septiembre. Con este motivo publicó un folleto con interesantes



colaboraciones literarias, entre otros, de los notarios José Martínez del Portal (cuñado de Azorín y fundador de dicha Sociedad en 1925), Francisco Antonio Jiménez Martínez y Eliso García del Moral, los poetas José Molina Romero, Ramón Puche Rico, Martín Martí Font y Manuel Vicente Juan, el político Manuel de Mergelina Laraña y el historiador Fausto Soriano Torregrosa; con dibujos de Manuel Muñoz Barberán, Felipe Nohales Hortelano, Francisco Navarro Olmos y Pedro Chinchilla Soriano.

En primer lugar aparecía un artículo de Azorín, titulado “Cazadores”. Creo que es de interés conocer este escrito que no figura en la copiosa bibliografía de Inman Fox. El artículo se consiguió gracias a la influencia de Martínez Maestre, ya que los redactores pusieron la siguiente aclaración: “Nota: Este artículo ha sido expresamente escrito por su autor en atención a su entrañable amigo don Francisco Martínez y como obsequio a la Sociedad Recreativa de Cazadores”.

Y así dice el bello texto azoriniano: *“Conocida es la distinción fundamental: hay cazadores y hay tiradores. No es lo mismo una cosa que otra. Dejemos, con su ufanía, a los tiradores. El cazador tiene también la suya: es un hombre que espera. Todos los hombres esperan. No existe ente sin esperanza. Espero yo leer un libro; esperas tú cumplir un viaje; espera aquel darse un hartazgo. Pero –y aquí está el intrínquilis– el cazador espera una cosa que le es indiferente que se cumpla. El cazador –lo ha dicho Pascal– pone su conato en el modo y no en el logro. La pieza que se cobre no importará nada; lo que importa es la dificultad que se haya de vencer a cada momento. Lo que importa son las quiebras del monte, las ondulaciones del llano, los recovecos que sirvan de manida, la maleza, los árboles, el susurro del viento, los reflejos de la luz, las sendas, los atajos, el breve descanso tras la carrera, el salto de un conejo o los regates de una liebre, el vuelo repentino de un bando de perdices, la ansiedad en el tollo, el agua cristalina de un regato, que se bebe en la mano, el olor a tomillo, a romero, a espliego, de que se impregnan las ropas, los zapatos, y que se lleva a la casa cuando se vuelve, etc., etc. Todo esto es cazar, todo esto es gozar plenamente, con voluptuosidad, de la Naturaleza.- Madrid, septiembre, 1953”.*

* * *

Como director de la Casa Municipal de Cultura de Yecla, organicé en 1963 un ciclo de conferencias para conmemorar los noventa años del escritor. Para dar más relieve a la efeméride, pedí con bastante anticipación al alcalde José Martínez Sánchez que consiguiera una fotografía del maestro dedicada. Se gestionó por mediación de José Luis Castillo-Puche y mandó una fotografía en que aparece el escritor delante del magistral retrato que le hizo Zuloaga, retrato por el que Azorín siempre sintió especial predilección. La dedicatoria reza así. *“A la Casa de Cultura, de Yecla, con un ¡Viva Yeclín! 8 diciembre 1962.- Azorín”.* Lo de Yeclín era una evocación a un dicho que rimaba con Arabí y hablaba de tesoros escondidos; él lo escucharía en sus años mozos de estudiante. Y es detalle curioso y amable que no firmó aquello en el día que consta en el autógrafo, ya que lo hizo en pleno verano. Azorín, sabiendo la devoción de Yecla por la Inmaculada, quiso poner, expresamente lo dijo, la fecha del



ocho de diciembre como un símbolo de su amor a las fiestas de la ciudad en honor de la Virgen del Castillo. Y, con una tímida sonrisa, añadió otra razón: “*Y además, si en esa fecha yo ya no vivo, los críticos algún día darán toda clase de interpretaciones*”. (Faltaban más de cuatro años para su fallecimiento).

* * *

En 1958 empezó a funcionar un Aula de Cultura en la Caja de Ahorros que entonces se llamaba del Sureste de España y ahora del Mediterráneo. Francisco Navarro Olmos, como director de la Oficina, y el que esto escribe, en representación de la Junta de Gobierno, nos dirigimos al director general de la Institución, Antonio Ramos Carratalá (“el banquero con alma de poeta adolescente”, como le llamó Cela), para que el Aula se honrara llevando el egregio seudónimo de Azorín. Inserté la contestación de Martínez Ruiz en mi libro “Yecla y su Caja de Ahorros” (Alicante, 1972); como el libro se agotó en el año de su publicación, me permito reproducir la carta del maestro, en la que hizo una de las más bellas definiciones de la ciudad murciana.

La carta mecanografiada dice así: “*Madrid, 2-8-1958.- Sr. don Antonio Ramos Carratalá.- Mi querido amigo: atentos a la Geografía, nos olvidamos de la Historia. Todos somos Corona de Aragón; Yecla no lo es, pertenece al reino de Murcia. Pero Yecla es un enlace entre varios reinos. Yecla, en el siglo XVI, era un alto en el cruce de caminos. Yecla ha sido también núcleo de varias civilizaciones; tiene la melancolía inefable de quien ha vivido mucho. Dispongan ustedes de mí, pero yo no puedo hacer nada. Y siempre agradecidísimo.- Cordiales saludos. - Azorín*”.

* * *

Empecé hablando del abogado Martínez Maestre. Me honré mucho con su amistad. Paseando con él por el jardín yeclano me contó una anécdota que nada más había comentado con su sobrino, el notario y poeta Francisco Antonio Jiménez Martínez. Como su amigo Azorín, él era parco en palabras y hombre de largos silencios; tenía un pasado de fuerte militancia republicana, aun cuando ironizaba incluso con sus propias ideas.

Don Paco, como respetuosamente yo llamaba a Martínez Maestre, me narró la entrevista mantenida en Madrid el 23 de marzo de 1936, en la casa del escritor, en la calle Zorrilla, 21. “¿*Qué hay por Yecla, querido Paco?*”, le preguntó éste. Y él le explicó que en la semana anterior, concretamente el día 16, habían quemado las catorce iglesias con más de trescientas imágenes y cuadros valiosos, y destruido el importante archivo eclesiástico que arrancaba de mediados del siglo XVI. Tardó Azorín en contestar y sobreponerse a la terrible noticia, hasta que le lanzó estos otros interrogantes: “¿*Y los Bancos? ¿Y el Registro de la Propiedad? ¿También?*”. “No, estas instituciones no han sufrido el menor daño”, fue la respuesta. Y el maestro sacó fuerzas para exclamar: “*¡Pues no lo entiendo!*”.

No hubo más palabras. Los dos amigos se despidieron con un abrazo que encerraba muchos recuerdos y sentimientos. En el semblante del escritor apareció un leve rictus de disgusto y de tristeza. En sus ojos escrutadores surgió el brillo emocionado de la melancolía...

